

---

## LA ESPIRITUALIDAD [I]

Marcel Légaut <sup>(1)</sup>

Jesús, el Cristo.— Acción, Contemplación. — La Cena.— La oración.— Ser uno mismo.— La pareja.— El celibato.— El tiempo.— La muerte.

### *Jesús, el Cristo*

— Toda mi vida la he dedicado a conocer a Jesús, a alcanzarlo. Me han hablado de él y yo mismo he intentado comprenderlo, captar su razón de ser con mi inteligencia, a la luz de la experiencia de mi vida. Estaba conmovido y atraído por la imagen que tenía de él. Así es como he sido conducido a una comprensión íntima de Jesús que es la comunión de mi ser con el suyo.

No se puede comprender a Jesús independientemente de la vida que llevó con sus discípulos. Si Jesús formó a sus discípulos, éstos también lo formaron a él por todo lo que recibió de ellos. Jesús es hijo del hombre por su raza, pero también por la comunidad fraterna

---

<sup>(1)</sup> La 1ª edición (1976) estaba en forma de entrevista, mientras que la 2ª (1990) suprimía las preguntas y hacía de todo el texto un solo cuerpo dividido por algunos epígrafes. En líneas generales, la 2ª edición añade precisiones estilísticas y de contenido y suprime algunas expresiones, de las que hemos reinsertado, entre corchetes, unas pocas. También suprime la 2ª edición las preguntas de B. Feillet. Nosotros hemos optado por esta versión dado que fue la última que preparó Légaut, pese a que en Francia, en la tercera edición (2000), se ha vuelto al texto de la primera. Para marcar el comienzo de cada respuesta de Légaut, hemos insertado un guión. Como se ha explicado en la presentación general del *Cuaderno*, por razón de espacio, los últimos apartados (ser uno mismo, la pareja, el celibato, el tiempo y la muerte) se publicarán en el próximo número.

en la que vivió algunos meses. Nacido de María, educado en su familia, en su pueblo, instruido por todos los encuentros que mantuvo – en particular con Juan el Bautista–, revelado a sí mismo por el amor que le testimonió María Magdalena –al que él correspondió– y por lo que le dijo a la Samaritana, viendo extenderse su misión gracias a la Cananea, Jesús recibió de todos los que le manifestaban su fe y también de quienes se le oponían. Al mismo tiempo que tomaba conciencia de ir siendo él mismo bajo la acción de Dios, su comunión con él aumentaba. Dios era su padre como nunca nadie antes había osado pensarlo para sí.

La profundidad de humanidad que Jesús alcanzó durante su vida de hombre, a la que me aproximo a través de mi propia profundidad, así como el carácter universal de su mensaje, que se me transparenta a través de los Evangelios si los leo a la luz de mi vida espiritual personal, me permiten entrever lo que llamamos su “divinidad”: Jesús, de alguna manera, está más allá de lo humano. La inteligencia que se puede alcanzar de él a partir de su humanidad, unida a la esperanza fundamental que habita en el hombre –y de la que el gusto por vivir es la primera manifestación sensible– nos preparan a la fe en él y nos conducen a ella, si correspondemos.

Jesús fue el centro del pequeño grupo de discípulos que se reunió a su alrededor después de que él los hubiera conocido y reconocido en su entorno. Esta comunidad inicial es la fuente, el principio de las pequeñas comunidades de fe, tal como yo las concibo. Si realizamos a nuestra medida una comunidad parecida, nos situamos en las condiciones mejores –y por lo general necesarias– para entrar en la inteligencia de lo que Jesús vivió con sus discípulos, de lo que sus discípulos pudieron recibir de él, de lo que Jesús llegó a ser gracias a ellos y, finalmente, de lo que él es, en lo sucesivo, en sí mismo. E inversamente, en la medida en que descubrimos la vida de Jesús con sus discípulos, podemos llegar a descubrir el verdadero valor de la comunidad de fe, y podemos abrirnos mejor a su fecundidad espiritual, con objeto, sobre todo, de aproximarnos al ser mismo de Jesús a través de su vida humana.

Sin duda, la humanidad de este hombre que vivió hace veinte siglos estuvo limitada, como la nuestra, por las contingencias de su lugar y de su tiempo. No obstante, lo que su humanidad de judío del tiempo de Herodes y de Pilatos no nos puede aportar, Jesús lo engendra por su presencia en nosotros, que se injerta en nuestra propia presencia a nosotros mismos. Si sabemos acogerlo, su espíritu está en nosotros como el Espíritu de Dios estaba en él en las horas solemnes en las que su misión se precisaba y emergía, clara, en su conciencia a través de su fidelidad. ¿No se trata acaso del mismo Espíritu?

– Los hay más sabios que yo –lo cual es fácil– y que deben de saber lo que dicen cuando otorgan a Jesús, por ejemplo, una “visión beatífica”. Dichosos ellos que deben de conocerla por haberla alcanzado a veces y haber sido educados en ella; porque no quisiera imaginar que la hayan llegado a pensar sólo a partir de algunas sistematizaciones filosóficas, apoyándose en algunos textos bien seleccionados de las Escrituras... Yo sólo digo en mis libros lo que llevo a entrever yendo un poco más allá de mi experiencia, siempre balbuciente por lo demás.

En este sentido, siempre me ha extrañado haber tenido, particularmente al comienzo de mi vida –aunque también en otros momentos– una cierta preconsciencia de lo que el futuro me reservaba bien porque lo deseara bien porque lo temiera. Esta preconsciencia no versaba sobre detalles concretos, entonces imaginados con los datos del momento y que luego resultaron del todo diferentes. No se trataba de un conocimiento propiamente dicho. Y, ciertamente, no conviene entretenerse en este tipo de intuiciones –pese a que siempre vuelvan a surgir de nuevo– ni tampoco conviene apegarse a ellas ni, a fortiori, confiárselas a otro. En tal caso, eso que “se sabe sin saber” se marchitaría e ineluctablemente terminaríamos por dudar de ello.

Pues bien, creo que Jesús tuvo alguna preconsciencia de una elección muy particular de Dios, de una unión muy especial con Él, por ejemplo, a los doce años, en su bautismo a orillas del Jordán, en la sinagoga de Nazaret, o en tantos otros momentos que podemos

suponer y que estamos condenados a ignorar. No, no era un conocimiento preciso, como lo era saberse hijo de María. Su misión, la conibió, sin duda, en la línea de Juan el Bautista, antes de distanciarse, poco a poco, de él por fidelidad a lo que iba llegando a ser, paso a paso, y que ya era en el fondo.

Jesús se comportó como “hijo de Dios” sin “saberlo”. Saberlo estaba más allá de su pensamiento, igual que la expresión “hijo de Dios” tiene un sentido que está más allá del que le podemos atribuir. Jesús no sabía quién era; pero –de acuerdo con un modo de hablar más inspirante que significativo– yo diría que tenía “conciencia vital” de ello. Jesús vivía su vida pero no la vivía con conocimiento de lo que él era fundamentalmente. No hizo la teología de su ser. No hizo cristología. Simplemente fue lo que debía ser.

Es más, supongamos que hubiese conocido a “ciencia cierta” su filiación divina (cosa que me parece radicalmente incompatible con la condición humana que afirmamos que “asumió en todo menos en el pecado”). Su enseñanza al respecto, si la hubiese expuesto, ¿hubiera podido ser escuchada y comprendida? Suponiendo que no se le hubiera tomado inmediatamente por loco, ¿qué sentido hubiera tenido esa enseñanza para sus oyentes si todavía no había nacido en ellos yo no sé qué especie de preconsciencia de su trascendencia? ¿Acaso no era el monoteísmo judío una barrera infranqueable para una idea así, tanto para los judíos como para Jesús mismo? “Sólo Dios es bueno”, hace decir ingenuamente a Jesús cierto pasaje del Evangelio de Marcos.

– Para mí, el conocimiento de la unión íntima, como intrínseca, de Jesús con su misión nos permite un acercamiento válido a su trascendencia. Esta unión fue la que le hizo crecer en su humanidad como ningún otro lo hizo sin duda. Del mismo modo, los hombres deben crecer en su humanidad a partir de su unión con Dios y de su misión personal.

Lo que Jesús enseñó, él lo descubrió primero, paulatinamente, a lo largo de su vida. Jesús vivió su vida gracias a su forma de

corresponder a los acontecimientos y a los encuentros, pero también gracias a lo que ascendía en él en esas mismas ocasiones, y puede que también en sus noches de plegaria. Jesús vivió las bienaventuranzas –de las que nos han quedado varias transcripciones catequéticas– e inventó sus parábolas sobre el Reino a medida que descubría su verdad en él y veía cómo era acogido o rechazado por los de su entorno.

Esta manera de ver las cosas me parece capital. La lectura del Evangelio se transforma de este modo. El Evangelio no es únicamente un repertorio de sabiduría, un código de comportamientos, el fundamento de una nueva ley. Nos ayuda a descubrir lo que Jesús vivió, lo que llegó a ser, lo que puede ser todavía para nosotros. Es de él de lo que tratan los Evangelios, no de una doctrina sobre él. Jesús, manifestando lo que él es, llama a llegar a ser lo que hemos de ser. Es fermento de humanidad y nosotros somos conducidos así a descubrirla en su trascendencia. Sólo al final de nuestra vida, si hemos sido fieles, podremos dar todo su peso a la expresión “Hijo de Dios”.

Más aún, mientras no descubra cada uno esta trascendencia en Jesús, no conocerá a Dios tal como él nos lo quiso dar a conocer, en reacción contra una concepción generalmente desarrollada en el Antiguo Testamento y todavía afirmada en su tiempo. Si cada uno no alcanza la originalidad fundamental de lo que Jesús mismo fue hace veinte siglos y de lo que Dios era para él, no tendremos de Dios más que una noción instintiva y primitiva, tan sólo teñida de cristianismo. Gracias a lo que fue Jesús, a su propio misterio, que únicamente podemos entrever a la luz del acercamiento al nuestro, descubrimos lo que puede alcanzarse del misterio de Dios.

Esto supone, por nuestra parte, disposiciones interiores muy personales. Es necesario estar a la espera y en búsqueda, a nuestra manera, igual como los judíos cuando esperaban a su mesías. Nuestra época es particularmente favorable para este descubrimiento ya que, en muchos aspectos, es un período como el de Jesús, de gran inestabilidad. Nuestra época se libera del peso religioso de la cristiandad de antaño, y particu-

laramente de su concepción –en lo sucesivo, inviable– de un Dios todopoderoso y arbitrario, tal como suele presentarlo la Biblia.

– Habría que enseñar la divinidad de Jesús precisando con insistencia que dicha afirmación sólo tiene sentido, para cada uno, en la medida en que, uno mismo, a partir de su propio camino, gracias a su fidelidad y a su vida espiritual, descubre la trascendencia de Jesús; trascendencia que, por su naturaleza, le resulta, sin embargo, lo suficientemente próxima como para que lo interpele, lo llame, y sea fermento para él. “Tú tienes palabras de vida eterna”, le dice a Jesús uno de sus discípulos con términos de su tiempo. Cortocircuitar este camino necesario con una enseñanza que nos dispensa de él falazmente; hacer creer que se alcanza la meta tan pronto como se tiene noticia de su existencia por una ciencia abstracta; declarar inteligible lo que de hecho está más allá de toda inteligencia; todo esto conduce a la idolatría y a la indigencia espiritual.

– Por cumplimiento no entiendo necesariamente una realización humana aunque ésta pueda ser una consecuencia segunda. Se trata de un cumplimiento en una profundidad tal que pueda ser comunión con el ser de Dios. Esta consumación es el fruto de una verdadera creación y su fase última exige una actividad inseparable de lo que somos pero de la que, sin embargo, ni tenemos la iniciativa ni sabemos el fin que persigue. La llamaría con gusto “redención” si este término no implicara la reparación de una pérdida, cualquiera que sea la manera de justificarla.

Jesús reveló su grandeza a los hombres que la sociedad rechazaba, a los “marginados”. “Dichosos los pobres”, les decía –y no debía de haber muchos pudientes y notables entre sus oyentes–; vosotros descubriréis vuestra humanidad si rechazáis las falsas grandezas que seducen a los “ricos”. Así era como revelaba dicha grandeza a todo hombre.

Jesús tenía el sentido de que el hombre trascendía los acontecimientos, el sufrimiento, la muerte incluso. Todo, según él, incluso en esas condiciones, puede adquirir sentido para quien sabe acogerlo. Jesús no se enfrentaba directamente a las condiciones concretas de la

vida social para cambiarlas. No es eso lo que destaca en su misión. Se trata, para él, de hacer tomar conciencia al hombre, por un esfuerzo de interioridad, de su grandeza personal para que pueda alcanzar así la disposición conveniente a todo encuentro, a toda situación y, a partir de ellos, estar en condiciones de orientarse debidamente a fin de preparar el futuro que le conduzca a llegar a ser más él mismo.

Cuanto más entramos en la inteligencia de la grandeza de Jesús, tanto más capaces somos de aproximarnos a su misterio. Más allá de los pasajes particulares de los Evangelios que nos hayan impresionado especialmente a lo largo de nuestra vida, y que nos hayan aclarado sobre lo que Jesús vivió personalmente en tal encuentro, o en tal acontecimiento, accedemos a una visión global de su epopeya espiritual; epopeya sin precedentes de tan interpelante, de tan apelativa.

Pero entonces aparece el drama íntimo de Jesús, el que lo crucificó bastante antes de que lo clavaran en una cruz y lo vinculáramos a una doctrina. Este drama íntimo fue el desgarramiento entre la religión que había recibido en su juventud y la manera como él debía vivir, de mayor, por fidelidad imperiosa a su relación con Dios –“su Padre”, según él decía. ¿Nos imaginamos qué lucha debió de sostener dentro de sí y en cierto modo contra sí? ¿Cómo saberlo? Sus noches de oración, solo, en la montaña, nos lo sugieren. Sin embargo, conocemos mejor el secreto combate que mantenía en las almas de sus discípulos, cuando los ponía en guardia contra las influencias del medio del que provenían, y al que estaban todavía vinculados. Lo hacía sin escamotárselo, aun a riesgo de escandalizarlos y de que lo abandonaran. Pero todavía se descubre mejor ese drama en sus discusiones, cada vez más violentas, con los escribas y los doctores que, con justicia, no sólo no reconocían a Jesús como uno de los suyos sino que sentían además lo diferente que pensaba y hasta qué punto era distinto. Primera aproximación a una trascendencia percibida pero rechazada en nombre de la misma religión.

– Jesús muestra cómo comportarse ante la religión. Él quiso ser, para el judaísmo, el iniciador de una vía espiritual que era radical-

mente nueva aunque se alimentase de la misma savia que la vida religiosa que se derivaba de las tradiciones de Israel. Del mismo modo, herederos de la Iglesia de ayer, los cristianos deben ser creadores de la Iglesia de mañana; deben corresponder, a lo que Jesús llega a ser para ellos, a fin de que ella sea, poco a poco, más fiel a su misión.

Jesús no se desvinculó del judaísmo sino que quiso darle un impulso nuevo. Los primeros discípulos tampoco pensaron en abandonar el Templo sino que los expulsaron de él. Una de las dificultades de la Iglesia estriba en que nació de un rechazo en lugar de nacer de una iniciativa tomada con decisión, gracias a una inteligencia espiritual de su propia realidad y de su distanciamiento del pasado. El antisemitismo, que es una de las lacras de la Iglesia, arranca de la expulsión de los primeros cristianos del Templo y de las sinagogas. Después, cuando los cristianos adquirieron el derecho de ciudadanía y cedieron a la tentación del poder, se convirtieron en perseguidores de los judíos. Pero al comienzo, siguiendo el ejemplo de Jesús, permanecieron vinculados al judaísmo. Da la impresión incluso de que Jesús, al principio, sólo pensaba en los judíos; no se creía enviado a los paganos. No obstante, Jesús, esencialmente fiel a lo que ascendía en él –a “la voluntad de su Padre”– no sometió su misión a una idea preconcebida. Tomó progresivamente conciencia de lo que debía hacer, de lo que había de llegar a ser. ¡Qué consuelo, iluminación y alegría debió de sentir cuando algunos paganos, en los últimos momentos, desearon acercarse a él, tal como nos cuenta la Escritura!

Lo mismo les ocurre a los cristianos: su misión proviene, ciertamente, de la Iglesia por todo lo que ella les ha legado y todavía les aporta, pero no proviene sólo de ella; su misión es también la puesta en práctica de una iniciativa íntima, personal, de la que cada uno es responsable, en la que nadie puede reemplazarlos, que los caracteriza y los unifica, a cada uno dentro de sí y entre sí.

No sé cuándo tomé conciencia de mi propia misión; es imposible saberlo y tal vez no tenga sentido intentar precisar un momento así. Poco a poco, lo que ya vivía sin explicitarlo, fue aclarándose



y se impuso con evidencia y poder. Lo que recibí de M. Portal preparaba lo que descubriría más tarde, lo que realizaría en mi vida de campesino, muy diferente de la vida que llevaba antes, en una época también muy distinta [¡Felizmente!]. La preocupación por la Iglesia ocupa un lugar muy importante en mi vida espiritual y en mi misión, tanto más cuanto que en Francia su futuro se ensombrece y la práctica religiosa conoce una caída acelerada, próxima a un derrumbamiento que los movimientos carismáticos u otros sólo podrán disimular y por un tiempo. Sin embargo, suceda lo que suceda, mi fe en Jesús me lleva a pensar que su presencia activa, unida al recuerdo ferviente que algunos conservan de él, se perpetuará entre los hombres.

– Es que Jesús es, en definitiva, el camino. Los cristianos no deben hablar de Jesús como teólogos sino como hombres, como creyentes. La vida humana de Jesús es lo que les debe interesar apasionadamente, y es en torno ella donde se recontrarán al encontrarse cada uno a sí mismo.

No, no basta con comprender la vida humana de Jesús a partir de Dios sin hacerlo a partir de nosotros mismos. Así es como él lleva a cada uno hacia Dios. Una persona como Nietzsche, al ir hasta el límite de su humanidad, incluso en reacción contra el cristianismo tal y como lo había conocido, estaba, sin saberlo, en el mismo camino que Jesús. Tan es así que, al comienzo de su locura, ¿no firmaba sus cartas con el nombre de Jesús? Me gusta este hombre. Él es, para su tiempo, el precursor que necesitaba. También él ha sido piedra donde muchos han tropezado.

### *El Reino*

– Jesús decía: “El Reino está en medio de vosotros”. El Reino está ahí, en nosotros mismos. Llega a ser en nosotros y ¿se puede llegar a pensar que, un día, desde aquí abajo, se realizará en el mundo por nosotros? Sin embargo, a decir verdad, nada es menos seguro que el Reino, y todo lo que vemos contradice esta expectativa que no es

todavía, quizá, más que una forma pueril o supersticiosa, procedente del fondo de las edades, de concretar la esperanza fundamental que subyace en nosotros y que Dios sostiene y mantiene, en la medida en que se lo permitimos, plegándose a nuestros sueños.

El Reino está en vías de llegar a ser en nosotros a lo largo de nuestro camino tanto hacia nuestra humanidad como hacia el estado de discípulo de Jesús –un hombre que, porque era en sí mismo y por lo que vivió, hizo franquear el umbral a su humanidad y creyó de fe que él era, así, de Dios. Veinte siglos de cristianismo nos ofrecen la posibilidad de comprender la originalidad esencial de Jesús mejor que las primeras generaciones de cristianos e incluso que sus primeros discípulos. Nuestras equivocaciones, nuestras faltas, nuestra experiencia, releídas y meditadas sin cesar a la luz de nuestro presente, nos vuelven más intuitivamente inteligentes acerca de nuestra humanidad, nos permiten acercarnos mejor a nuestro misterio y a nuestra finitud: del mismo modo, la comprensión en profundidad de los cristianos acerca de su pasado, sus equivocaciones y sus faltas, a la luz de lo que Jesús vivió, es lo que permitirá la fidelidad de la Iglesia, la inteligencia de lo que debe ser y no puede alcanzar por sí misma.

Para la Iglesia, esta meditación es todavía más importante que la del Antiguo Testamento, que sólo es su preparación lejana, balbuciente y ambigua, en connivencia, indirecta pero continua, con las preocupaciones y los prejuicios de los hombres de aquel tiempo; preparación nacida de las contingencias históricas, tan balbuciente y ambigua como lo fueron los profetas mesiánicos, en relación –más o menos vaga– con lo que Jesús tuvo que vivir y es en lo sucesivo. La sacralización indebida de la Ley y de los Profetas, incluso si se hace de ellos una “lectura cristiana” que aclare sistemáticamente la historia por la doctrina, siempre paralizará indirectamente a la Iglesia, que, a lo largo de los siglos, sólo ha encontrado, en dicha lectura, pretextos para sus crímenes. En cambio, un conocimiento meditado de su historia, que le revele las tentaciones donde sucumbió, le permitirá ser de Jesús de una manera más verdadera que antes.

Desde hace dos mil años hemos tomado conciencia, en lo íntimo del hombre, de una realidad mucho más vasta, más profunda y más misteriosa que antes. Las fronteras de esa realidad se ocultan a nuestros ojos. Del mismo modo, debemos reconocer, en lo secreto de la Iglesia, una realidad diferente, más singular, más trascendente que la de una simple religión elegida por Dios, como Israel, que se creía estar predestinado.

Jesús, ciertamente, no escapaba a los condicionamientos que las ciencias humanas, legítima y útilmente, dan a conocer. Sin embargo, en medio de esos determinismos, que él padecía como nosotros, por la manera como se los apropiaba, llegaba a ser él mismo conforme a esa trascendencia que nosotros entrevemos cuando nos vamos haciendo discípulos suyos. Con él, gracias a la inteligencia que adquirimos de él, a través de nuestro propio misterio, vamos siendo del ser de Dios, sin nunca llegar, no obstante, a lo que Jesús fue y es en su relación con Él, por más que nos haya llamado sus hermanos.

– Yo insisto en esa diferencia. No se trata sólo una diferencia en el plano de nuestras historias personales, cuya talla es inconmensurable con la suya, tan vigorosa, tan singular y tan breve, sin embargo. Vemos que esa diferencia es de otro orden a medida que nos comprendemos mejor a nosotros mismos en profundidad y, al mismo tiempo, nos aproximamos a la universalidad en que todo hombre se reconoce pese a su unicidad: lo universal, esa cualidad humana de la acción –singular entre todas– que se esfuerza en cada uno por que sea más él mismo.

– Jesús es “el primogénito de entre los hombres”. Se sitúa en el límite de la humanidad, inaccesible para el hombre y sin embargo hombre al que siempre podremos aproximarnos conforme vamos llegando a ser discípulos. Acudo a las matemáticas. Nos podemos aproximar tanto como queramos a un número irracional por la utilización de números racionales, pero, aun así, nunca lo alcanzamos. Una aproximación parecida, ilimitada en su acción e interminable, incapaz de alcanzar finalmente su meta, se ofrece como oportunidad al

hombre. Llegar a ser él mismo por el ejercicio de su hacer y de su decir es más de lo que el hombre puede realizar. Cuanto más llega el hombre a ser y más se acerca a sí mismo, tanto más se descubre en su inaccesibilidad. Cuanto más se acerca un creador a la perfección de su arte, tanto más descubre la distancia infranqueable que separa su obra de la primera intuición que le llevó a crearla.

El amor y la paternidad revelan también esta distancia infranqueable porque atañen al misterio que somos. Después de haber buscado, al principio, llegar a ser una sola cosa con el otro, se descubre, de una forma u otra, la infranqueable distancia, la diferencia ineluctable que hay entre los dos. La fe conyugal, la fe del padre en el hijo, sin abolir esa distancia, sin suprimir esa diferencia, en el límite, unen a las dos personas en Dios, al nivel de la unidad propia de Dios, tal como podemos atrevernos a decir, si no a pensar realmente. Pero, estas cosas, son más para vivirlas que para decirlas. Cuando se habla de ellas, se experimenta siempre un malestar, como un regusto a cosa forzada, a falsedad. [Siempre hay una cierta inadecuación entre lo que se dice y lo que se vive; igual que entre lo que se vive y lo que se es.]

– La vida de Jesús fue suficientemente breve. No pudo ser un fundador. Pero, aunque murió relativamente joven, de manera prematura, su vida fue tan ardiente, tan en la línea de las profundidades humanas, tan interpelada por ellas y en correspondencia con la esperanza fundamental de los hombres, que provocó en el mundo, a partir de ese pequeño país en el que vivió durante unos meses, una repercusión espiritual sin precedentes, cuyos efectos duran todavía pese a todo lo que tiende a amortiguarlos, a pervertirlos y a destruirlos.

Incluso las grandes religiones, arraigadas en civilizaciones milenarias de las que son el alma, han recibido su impacto, sin saberlo o incluso a pesar de no quererlo. Lo que Jesús alcanzó tiene tal universalidad que, desbordando la infinidad de las diversidades humanas, une entre sí la infinidad de las singularidades de los hombres. Su uni-

versalidad trasciende, por su carácter, la calidad de las sabidurías de todas esas religiones, en lo esencial colectivistas y civilizadoras. Además, era necesario que la vida de Jesús fuera breve. Si hubiera vivido mucho tiempo, sin duda sus discípulos lo habrían abandonado escandalizados, como hizo Judas. O incluso él mismo, para que no lo abandonaran, hubiera tenido que someterse a sus límites a fuerza de ponerse a su nivel.

– Jesús, a sus discípulos, no les pidió confianza sino que apeló a su fe. La confianza está en otro nivel que la fe; es del orden del hacer y del decir, mientras que la fe es del orden del ser. La fe nos une al otro allí donde él es, más allá de su hacer y decir. [La palabra fe traduce mejor lo que quiero decir.] Es la fe lo que nos empuja, en la medida de nuestra fidelidad, a caminar hacia nuestro ser y, al mismo tiempo, a aproximarnos a Dios tal como Jesús caminó en su vida humana, más allá de ella y de su contingencia, hacia el Padre. La fe se vive más allá de las formulaciones dogmáticas que ella se procura y que, en tanto que explicitaciones, proceden del hacer y del decir. Si la fe se sirve de esas formulaciones, no es para someterse a ellas sino para superarlas. En el cumplimiento de su misión [que él alcanzaba por su fe] es donde Jesús vivía con y de su Padre. También era en la percepción de su unión con el Padre donde descubría, paso a paso, su misión. La trascendencia de Dios se manifiesta en Jesús en la extrema interioridad, allí donde las nociones de espacio y de tiempo no tienen sentido, y no, como sucedía en el Antiguo Testamento, en la radical exterioridad y en la omnipotencia de sus manifestaciones.

– ¿Qué pasó después de la muerte de Jesús? Es algo muy misterioso. Les dejó atónitos hasta hacerles dudar, incluso a aquellos que habían sido testigos de ello. Lo que dicen las Escrituras refleja su extrañeza, sus dudas, pero también su seguridad de que algo sobrevino que cambió todo, entonces y para siempre.

Antes de que pasase lo que pasó, estos hombres y mujeres –que habían seguido a Jesús hasta el final pese a todo lo que se había dicho de él y pese a las amenazas que pesaban sobre él y que finalmente aca-

baron con él pues murió por ellas– estaban desesperados al ver cómo se oscurecía todo cuanto habían esperado y vivido en un presente, breve y efímero, que tanto contrastaba con lo que habían conocido antes.

Las visiones que tuvieron, ¿fueron “en el cuerpo o fuera del cuerpo”?, se pregunta más tarde San Pablo cuando habla de las que él tuvo. ¿Qué más decir con sensatez acerca de lo que pasó sino que eso cambió completamente el sentido del acontecimiento mismo que, después de haber anonadado a estos hombres y mujeres, los volvió a poner en pie con la certeza invencible de que nada de lo que habían vivido con Jesús había terminado sino que todo, por el contrario, comenzaba?

Este giro total, que hizo nacer la alegría de un cumplimiento definitivo a partir de la desesperanza engendrada por una vida que antes, al comienzo, les había parecido fundamentalmente vana, sólo lo conocieron los que fueron discípulos de Jesús hasta el final. Del mismo modo, la singular naturaleza de este cambio sólo la pueden comprender los que, en continuidad con aquellos hombres y mujeres, han entrado suficientemente en la inteligencia de lo que Jesús fue como para llegar a ser, a su vez, discípulos.

Por contraste, lo que pasó después de la muerte de Jesús será una piedra de tropiezo para el resto, o bien porque lo creerán sólo de forma material y no en espíritu y en verdad, o bien porque lo negarán. Los primeros harán de su esperanza en la vida eterna una espera fundada no tanto en la fe cuanto en un hecho extraordinario que les bastará creer por credulidad, por necesidad de una certeza objetiva, sin haber tenido, previamente, por un recorrido personal, que conocer a Jesús verdaderamente. Los segundos, a los que la vida de Jesús permanece extraña y no plantea ninguna cuestión, se refugiarán en el escepticismo [que sólo podrán mantener permaneciendo en la superficie de sí mismos], en el que no hay lugar para la fe [sino únicamente para el discurso para el que la vida de Jesús resulta extraña] y en el que reinan sólo los razonamientos sin dar lugar a réplica y las evidencias nunca criticadas.

Todo lo que pasó después de la muerte de Jesús en sus discípulos es primicia de Pentecostés, es decir, de las múltiples efusiones del Espíritu Santo que conocieron las Iglesias nacientes. Todo lo que pasó también es, por otra parte, fruto de la fe de los discípulos, que muestra hasta qué profundidad Jesús los había interpelado y entrado en sus vidas y con qué fuerza había penetrado en ellos y los había despertado a sí mismos, suscitado en sí mismos. En esas profundidades es donde la fe en Jesús debe echar raíces en nosotros para que creamos como ellos creyeron después de haber vivido con él y que él les hubiera dejado. También de esas profundidades es de donde debe surgir en nosotros, como en ellos, la conversión hacia el Futuro que para ellos significó Pentecostés, es decir, los acontecimientos carismáticos de los primerísimos tiempos.

Una pregunta ingenua: si todos sus discípulos lo hubieran abandonado antes de su muerte, ¿se les habría aparecido? ¿Se habría mostrado en su “cuerpo glorioso” para que esos hombres, que no vivían de él, y que lo habían abandonado, supieran que había resucitado objetivamente? El testimonio de los apóstoles, independientemente de todas las formas de expresión que emplearon, es válido para mí sólo porque ellos creyeron en Jesús hasta el fin. Y ese testimonio sólo me sirve si tengo ya fe en Jesús, si comulgo con el misterio de su unión con Dios. Sólo entonces tiene valor ese testimonio y me ayuda a confirmarme en mi relación con Dios. Su testimonio no cortocircuita el recorrido espiritual único que me permite ser, a mi vez, testigo de la glorificación de Jesús.

– La Iglesia nunca ha concebido su misión con tanta elevación espiritual. Sin embargo, hacerlo es cuestión de vida o muerte para ella. Si la Iglesia no llega a ser fiel a su misión en el nivel espiritual en el que Jesús concibió la suya, está condenada, como todas las otras religiones, a desaparecer ante las ideologías fundadas, más o menos, en la ciencia, a la que utilizarán para gobernar durante el tiempo de su efímera prosperidad.

La Iglesia ha tenido un gran papel en mi vida. No obstante, de manera general, ha faltado gravemente a su tarea, que consiste en ayu-

dar indirectamente a los cristianos a ser fieles a su yo profundo –sello de Dios en ellos, fina punta donde pueden unirse a Él– y llamarlos así a llegar a ser “de Él” en el mismo movimiento en que Él se manifiesta humanamente a ellos. La Iglesia se ha limitado a enseñar y a legislar. No ha sabido tener fe en el hombre ni en su grandeza potencial; cosa que la habría llevado a abrir a sus miembros hacia la libertad espiritual, a asumir el riesgo que sólo la fe autoriza, no la sabiduría política.

Con la Iglesia actual se permanece todavía en el plano judaizante de las leyes, las virtudes, los méritos, los escrúpulos y el pecado, de forma que no se alcanza aún el nivel de la acción liberadora de Jesús, ni se accede a la fidelidad interior y a la originalidad de cada uno ante Dios. En la medida en que la Iglesia se queda en este nivel judaizante, es incapaz de corresponder a la misión de Jesús; sólo puede preparar sus vías. Algunos cristianos aprovechan esta preparación para ir más allá, muchos no la usan como debieran y se instalan, sin más. Ya debía de suceder algo parecido en tiempos de Jesús pues ¿no fue así como él descubrió el desajuste secreto que se abría entre la religión de su pueblo y lo que él sentía que debía vivir y suscitar?

La originalidad fundamental de la religión cristiana ( el término “religión” aplicado a ella no tiene, en mi opinión, el mismo sentido que aplicado a las otras) estriba en ser una comunidad de creyentes en la que cada uno llega a ser cada vez más fiel a aquello que debe ser, es decir, a la voluntad particular de Dios para él, es decir, a la imagen particular que Dios desea adoptar en él.

– Acogemos a Dios participando en la actividad creadora misma de Dios en nosotros, que nos hace asimismo creadores de nosotros mismos. Pero es mejor que me calle. Todas estas palabras sobrevuelan de tal modo lo que presiento, lo que habría que expresar, que me dejan en una radical insatisfacción pues me pregunto si no complacen únicamente a la charlatanería intelectual y al gargarismo verbal.

– Como Jesús, somos humanos y divinos. Pero esto no quiere decir que podamos identificarnos totalmente con Él. Hay que man-



tener la distancia que nos separa y afirmar la singularidad de su ser. El conocimiento de nosotros mismos nos obliga a ello. Y nuestra unidad también.

Afirmo esta trascendencia, no por preocupación de ortodoxia sino porque cuanto más entramos en la inteligencia de lo que Jesús vivió y fue, tanto más increíble e imposible nos parece y, sin embargo, también tanto más verdadero; tan verdadero como la esperanza fundamental que existe en nosotros y sin la cual, de hecho, si fuéramos suficientemente hombres para ser conscientes de nuestra condición humana, el suicidio nos tentaría, de tan absurda como nos parecería dicha condición, con todos los sufrimientos y todas las abominaciones que conlleva. Dios no merecería ser el Dios que imaginan nuestros más altos pensamientos.

No obstante, podemos comprender a Jesús a nuestra medida porque nuestra condición humana es semejante a la suya. Por tanto, participamos del misterio de la Encarnación dado que toda la actividad creadora del hombre, bajo la moción de Dios, de hecho proviene de la Encarnación. Por consiguiente, estamos en comunión con el ser de Dios y de Jesús al responder a lo que somos. Aquí está el corazón de la vida religiosa, en el sentido más elevado de este término. La misión, vivida en la interioridad, sostenida por la plegaria que ella suscita, concreta nuestra comunión con Jesús y con Dios. Por la misión, todo lo que somos en potencia se desarrolla y nos acerca a la imagen humana de Dios que podemos hacer nuestra.

### *La iniciación cristiana*

– La formación cristiana del niño y del adulto exige bastante más que una enseñanza, máxime cuando ésta se da como algo acabado y no supone más iniciativa que aceptarla y reconocer las obligaciones derivadas de ella, uniformes para todos.

Ciertamente, un niño no tiene todavía la profundidad humana necesaria para que las nociones abstractas que se le enseñan en el

catecismo lleguen a ser realidades vivas. ¡Cuántos adultos se quedarán ahí toda su vida! Sin embargo, al menos en algunos, incluso de familias muy poco cristianas, y sin duda de modo apenas consciente, su ser niño alcanza algunas preconsciencias por las que, gracias a su actividad y a sus recursos personales, puede abordar, a su manera, las preguntas que se le plantean y encontrarles su interés, más allá de la afectividad y de la credulidad. No obstante, esa clase de niño es poco frecuente; y el catecismo, tal y como se enseñaba y aún se enseña, se queda sin continuidad para muchos, después de la infancia y de la adolescencia.

De la forma que sea, un cierto arranque espiritual es necesario recibir. La catequesis no puede por sí sola procurarlo ni, a fortiori, desarrollarlo. Es el ser del que enseña, por encima de lo que dice y hace, lo que puede servir de catalizador de las potencialidades espirituales del niño para el trabajo de Dios en su interior, trabajo perseverante y discreto, a lo largo de muchos años.

Este inicio espiritual no puede provocarse solamente con las palabras que se esfuerzan por describirlo de manera muy general. Palabras que no dan sino una conciencia abstracta que engaña a quien piense que poseerlas equivale a vivir lo que detallan. Este despertar se debe a una actividad personal, totalmente interior, como un descubrimiento o una revelación. Depende ineluctablemente de lo que uno es en sí mismo. En general, se desencadena a partir de algunas palabras verdaderas, dichas por un ser en el que ese arranque ya se ha desarrollado. Estas palabras están cargadas de la presencia de quien las dice. No son simples vocablos como los recoge el diccionario. Tienen un alcance diferente para el ser que las recibe al nivel en que él mismo las suscita en quien las profiere. A quien así las escucha, le despiertan a su propia realidad. Sin saberlo en el momento ni haberlo previamente deseado explícitamente, dichas palabras le llaman a traspasar el umbral que abre hacia uno mismo. Uno percibe entonces, a través de su propia presencia, la experiencia vivida por quien habla.

Esta colaboración de las actividades creadoras de dos seres radicalmente distintos y solitarios transmuta los vocablos de uso corriente en palabras singulares, dichas y escuchadas en el nivel en el que ellos dos viven y son. Dicha colaboración supone para ambos una fecundidad espiritual que ninguna otra acción podría procurar. Tocamos aquí la razón de ser de la plegaria, la potencia particular que tiene, para uno mismo, la que se extrae de dentro de sí por lo que se es: ese monólogo viviente que resuena en uno mismo como un diálogo verdadero con Dios.

La formación espiritual de los adultos no cumplía con frecuencia su finalidad porque consistía en palabras simplemente dichas y oídas, y no en palabras arrancadas, a quien las debía pronunciar, por quien las escuchaba porque quería escucharlas pues las esperaba secretamente.

“Tuve muchos abades a lo largo de mi vida religiosa —me confiaba un anciano monje— pero nunca encontré un verdadero padre”. Yo mismo constaté esta dura verdad en varios conventos de contemplativas. ¡Cuántas religiosas están sedientas de palabras verdaderas sobre la vida espiritual, de las que se les privó abrevándolas con lecturas piadosas e instrucciones y sermones sin cuento! ¡Qué lamentable es que nuestros obispos envíen como capellanes de las monjas a los sacerdotes que no pueden ocupar ningún otro puesto! Muchas veces es por razones de salud (cosa que tal vez sea aceptable en algunos casos) pero a veces es por otros motivos.

Aun a riesgo de escandalizar, ¿no hay que añadir que, precisamente a esas mujeres de alta potencialidad religiosa, se les obliga, por razón de la regla, a realizar plegarias que no son verdaderas plegarias? La Iglesia continúa utilizando textos para el rezo que ya hace tiempo que no son “rezables” por más que algunos autores se esfuercen en hacerlos “orantes”: numerosos salmos en muchos de sus versículos; textos ardorosos, propios del género de la oratoria sagrada; así como muchas oraciones que, salvo excepción, son más valiosas por su métrica que por la profundidad de su sentido. ¡Qué lejos estamos de

las plegarias de Jesús en el monte, por la noche! Ya lo presentían sus discípulos, judíos piadosos que recitaban desde jóvenes los salmos de sus antepasados. Ciertamente, Jesús no recitaría muchos “paternos-ter” en esas horas de singular presencia ante sí mismo y ante Dios. No obstante, podemos afirmar que la plegaria que nos enseñó, que él y sus discípulos debieron de hacer juntos, contiene, como en filigrana, su fervor de aquellos momentos en que el Reino parecía tan cercano.

### *Acción y contemplación*

– La separación, oposición incluso, entre congregaciones contemplativas y activas es muy discutible. No cuestiono la utilidad, la necesidad de unas y de otras, pero sí la manera como hay que concebir la evolución religiosa de un ser totalmente entregado a Dios que responde a una llamada personal adecuadamente.

La distinción entre contemplación y acción hay que hacerla en el curso de la propia vida, conforme a la evolución espiritual de cada cual, pero esa distinción no debe consistir en separar dos formas de vida, de suerte que cada uno se consagre, para siempre, desde el comienzo, a una de ellas.

Con frecuencia, se entra demasiado joven en los monasterios contemplativos. Es muy discutible encerrarse en el claustro de un monasterio a los veinticinco años. De ordinario, elegir la vida “claustral” al comienzo de la vida es un error de orientación que después sólo se repara a duras penas. Esta elección prematura impone un molde a la vida espiritual cuando lo que ésta necesita para crecer es espacio e iniciativas libres. Hay que empezar por tener una vida activa y, a partir de una cierta edad, que no tiene por qué ser aquella en la que se es ya viejo, procurar proseguir la propia vida como contemplativo. Hay que haber vivido mucho para llegar a ser contemplativo.

Desear y decidir ser contemplativo sin haber vivido lo suficiente es prematuro e implica condenarse, salvo raras excepciones, a una

contemplación hecha de una piedad –que no deja de ser una malformación– en la que el gusto por un cierto hieratismo, resultado de las antiguas costumbres, no es ajeno al fervor. Este formalismo, por el apaciguamiento que produce, por el respeto, por la veneración –tal vez– que rinde a las tradiciones de la Orden, se convierte pronto en alimento hueco para la vida espiritual que se desarrolla. Es significativo que, después de veinte o veinticinco años de vida claustral, algunas religiosas de gran vigor personal sufran a causa de ese formalismo que al principio pudo atraerles, y busquen en una vida solitaria, eremítica o no, lo que desesperan encontrar ya en sus conventos.

Para vivir verdaderamente como contemplativo, no basta con tener las facilidades afectivas que aporta una piedad ferviente. Es preciso estar lo suficientemente desprendido de las contingencias del tiempo como para independizarse de los acontecimientos y comulgar con la condición humana en lo que ésta comporta de universal, pese a todo lo que lo disimula y la blasfema. Éste es el umbral que sólo Dios puede hacer franquear, pero al que la fe acerca al creyente cuando, bajo la acción de su fidelidad lúcida y valiente, se ve despojado de todo lo que no es ella, de todo lo que, desde fuera o desde dentro, le ha solicitado durante largo tiempo y le ha ayudado especialmente a dar el paso último: la fe en su desnudez, la que Jesús vivió en la cruz; la fe que “es” por lo que ella es, como Dios y gracias a Él.

Alcanzar lo universal presupone haber vivido antes una experiencia de la vida expuesta a todos los vientos, a cuerpo descubierto en plena condición humana. Por eso parece que hay que orientar, a los seres que se sienten llamados desde su juventud a la contemplación, pese a ese atractivo –al que se fortalece como a los sarmientos de la vid al podarlos–, a entrar en una existencia de total desvelo precisamente allí donde los hombres se enfrentan, por su situación, con las fronteras de la condición humana, donde el hombre se ve sometido a dificultades extremas, y padece trágicamente la vida hasta el punto de llegar, a veces, a desear la muerte. Después, hacia los cuarenta –y puede que sea todavía demasiado pronto–, o, más exactamente, a la edad en que uno empieza a alcanzarse en su propio ser,

ese hombre podrá ya entrar en la vida verdaderamente contemplativa, en la estricta clausura y en la separación radical del mundo. Entonces, en tales condiciones, el mundo ya lo lleva uno consigo.

– En realidad, nada de fuera es, en sí mismo, mejor o no tan bueno para nosotros. Es nuestra iniciativa espiritual, gracias a nuestra fidelidad que corresponde al movimiento creador que asciende en nosotros bajo la acción de Dios, la que tiene que dar, a los acontecimientos y situaciones que se nos imponen, el sentido que les conviene para nuestro crecimiento espiritual.

Para mí, la guerra fue la ocasión que me reveló lo que nunca me habrían descubierto ni los exámenes de conciencia ni las revisiones de vida ni las lecturas ni meditaciones piadosas. Las exigencias íntimas que entonces emergieron en mi conciencia –y con más potencia en la medida en que yo, al hacerles caso, correspondía mejor a ellas– me han conducido, sin saberlo ni pretenderlo, hasta donde ahora estoy. No obstante, si otros hicieran otro tanto por imitación o por la lógica impuesta por una convicción ideológica acerca de “la verdadera manera de vivir”, seguro que acabarían aplastados o amargados pues, dadas sus condiciones, ésta no sería su verdadera vía.

En cuanto a mí, así he encontrado el extrañamiento, el desprendimiento, el silencio, la soledad de los lugares vírgenes, su grandeza emparentada con la solemnidad de las inmensidades estrelladas. Todos estos elementos han favorecido mi vida espiritual. Lo que sería evasión para quienes no tuvieran que seguir esta vía fue para mí, por el contrario, origen de una fecundidad jamás soñada y que, ciertamente, no habría conocido si hubiese continuado como profesor de Facultad.

– Cuando mis hijos, para poder ir a la escuela, bajaron con mi valiente esposa a Valcroissant, yo vivía totalmente solo, sin ver a nadie salvo al cartero cuando tenía algo que traerme. Esta soledad ha sido determinante para mí sin que yo la buscara particularmente. Tampoco quise seguir un método de vida espiritual, sino que viví en las condiciones normales de un trabajador de estas montañas, y así entré, como ellos, en la misma escuela de profundidad humana. Si un campesino

de esta región no habla de lo que vive en el secreto del corazón, es porque no sabe expresarse. Gracias a su género de vida, a su silencio, a su responsabilidad, a los riesgos que corre, a las fronteras de la vida se ve llevado a afrontar, el campesino es más real que sus discursos pues, en su medio, sólo se sigue la conversación por cortesía.

– La civilización urbana, tal como actualmente existe, impone situaciones ante las que no podemos sino someternos. Si fuésemos sabios, sería posible hacerla menos inhumana gracias a las facilidades de tiempo libre y de desplazamiento rápido que ella nos posibilita y que podríamos utilizar convenientemente. Probablemente, la evolución económica y política nos obligará a ello, no sin riesgos ni conmociones sociales.

Estoy convencido de que un francés, por su atavismo rural, necesita un trozo de tierra, un hogar. Observe los huertecillos obreros en las periferias de nuestras ciudades, la condición de relativa estabilidad y seguridad de las vidas medio obreras y medio campesinas. Desde el punto de vista familiar, esa estabilidad es también capital. Por el hecho de cambiar continuamente de lugar, los niños están desarraigados. El desarraigo es una de las razones, entre otras muchas no menos graves, por las que las familias se hundén y los viejos mueren solos, frecuentemente lejos de sus hijos y privados del sostén del lugar donde vivieron.

Sin embargo, no utilizamos bien las ventajas que procura esta civilización todavía de abundancia, aún llena de facilidades, y mucho menos sujeta que la vida de trabajo de un campesino, incluso hoy en día, aunque tenga cadencias que permiten escapar hacia una cierta libertad. Cuando se cuenta con un mes de descanso al año y dos días libres por semana, si se tiene un verdadero deseo de vida espiritual, si se siente el vacío de una vida absorbida por aquello que no hace más que ocuparla, se pueden y se deben tomar iniciativas que permitan detener el vivir para esforzarse en vivir realmente.

Un verdadero deseo espiritual implica opciones y, por consiguiente, sacrificios. Se tiene en mente y se hace. La grandeza del hom-

bre consiste en volver posible lo imposible. Esto es lo propio de la fe. Alcanzarse en esa profundidad exige tiempo, silencio, desprendimiento y distancia con relación a la vida cotidiana. Esos momentos, siempre necesarios, lo son aún más cuanto más absorbido se está en la vida normal. Con tal de que un hombre se tome, de su ocio, de sus viajes turísticos, ciertamente siempre útiles e instructivos (*sic*), el tiempo necesario para hacer una o dos paradas al año, aunque durante el resto esté disperso, ya no vivirá exteriorizado del todo ni vacío de sí mismo. Adquirirá conciencia de su unicidad y de su soledad, algo esencial para ser él mismo allí donde lo lleven las circunstancias y las necesidades.

– De hecho, en la actualidad, dado que trabajo intelectualmente mucho más que antes, dispongo de menos tiempo, de menos silencio. Me falta la rumia inconsciente del pastor, de su vida casi vegetativa, tal como la que tenía hace veinte años, cuando guardaba mi rebaño o estaba molido de cansancio. En cambio, lo que hago ahora es actividad espiritual en el sentido fuerte del término, que comporta también, a su manera, un verdadero recogimiento. Es una oración en acto.

De todas formas, esto no se puede ponderar de forma general. Me suelo acostar temprano y, a veces, me despierto en medio de la noche y trabajo algunas horas. Hay veces en que los pensamientos vienen a visitarme durante el sueño. Entonces, tengo que cogerlos al vuelo porque enseguida se escapan de la memoria. [En la parábola, la puerta se cierra tras el esposo tanto para las vírgenes necias como para las prudentes; todas dormían cuando llega, pero unas no tenían aceite en sus lámparas]. Cada uno debe encontrar su ritmo interior, estar en armonía con las cadencias de su vida. Sobre todo, no hay que ocuparse en saber dónde se está según tal o cual teoría de la vida espiritual. Los teóricos de la vida mística, más que instruirme, me aburren. Más bien me distraerían.



### *La Cena*

– Todos los cristianos deberían tener el deseo y la posibilidad de celebrar juntos la Cena con el mismo espíritu que los discípulos cuando comieron en el Cenáculo por última vez con Jesús. Lo esencial es que celebren la Cena, no sólo para que su fe resista las presiones materialistas y ateas de su medio sino, sobre todo, para que su fe se acreciente con la inteligencia de lo que Jesús vivió en aquel momento solemne en el que toda su vida se recapitulaba, se concentraba y se cumplía.

Pienso que, antiguamente, los protestantes, en el tiempo en que el brazo secular, a petición de la Iglesia católica –entonces religión de estado– los perseguía, cuando se reunían para celebrar clandestinamente la Cena, estaban más en el espíritu de Jesús que los que los oprimían en nombre de la ortodoxia. M. Portal me decía, en los momentos de intimidad que tuve con él al final de su vida, que una Iglesia local, en la medida en que ha sabido conservar vivo el recuerdo de Jesús y la fe en Cristo en un país durante muchos siglos, incluso en tiempos de persecución, pertenece a la Iglesia universal. ¿No es esto lo que se sobreentiende cuando el padre Congar asegura, si bien con mucha discreción, que la sucesión apostólica procede más del Espíritu que anima a las Iglesias que de la continuidad ininterrumpida de una sucesión de imposiciones de manos por las que se consagra a los obispos?

En cuanto a la “presencia real”, por mi parte pienso que, mientras los discípulos estaban alrededor de Jesús en aquella última noche, no pensaban precisamente en ese tipo de presencia en el pan y en el vino. Debemos hacer como ellos. Es de la mayor importancia. La misa no es una operación especialmente instituida para fabricar un sacramento. La Eucaristía no debe separarse de la Cena, y la Cena no puede separarse ni de la vida de Jesús, que fue la preparación que la hizo posible, ni de su muerte, último acto de su misión, ni tampoco de todo lo que pasó después y fue su singular confirmación.

Sólo se puede entrar un poco en la inteligencia de lo que cada elemento es en sí mismo si se vive la unidad de todos esos elementos sin disociarla. Presencia de Jesús en cada creyente de fe, presencia de Jesús cuando varios cristianos se reúnen en su nombre, presencia de Jesús en la forma consagrada por la acción de una comunidad unida a la Iglesia universal y centrada en el recuerdo de lo que pasó en el Cenáculo la última noche de Jesús: esas tres presencias son una sola. ¿Por qué precisar y desarrollar después lo que es y debe permanecer esencialmente en el orden de la fe y sólo se alcanza después de entrar un poco en la intelección de lo que Jesús vivió y fue? Lo que se pueda añadir a esto está de más y viene de los ensueños de la imaginación. Es tan poco serio como disertar acerca del cuerpo glorioso de Cristo tal como les gusta hacer a algunos.

¿Qué más le podría decir yo? No soy teólogo y no es éste lugar de hacer doctrina. Sin embargo, aún me atrevería a decir algo. Me temo que, en estos terrenos, los teólogos dicen más de lo que saben y viven realmente, y que sus desarrollos —sobre todo acerca de la presencia real en la hostia— provienen más de sistematizaciones propias de un racionalismo primario y de una polémica sectaria que de las exigencias del espíritu que hay que observar para vivir verdaderamente de fe.

¿No es paradójico, escandaloso y muy significativo también de una profunda infidelidad al espíritu de Jesús —espíritu que está en el origen mismo de la Cena— haber hecho de esa Cena la manifestación más visible y proclamada de la separación y del antagonismo entre las Iglesias? Lo que era signo de unión de los discípulos de Jesús, después de haber sido signo del don que Jesús les había hecho de sí mismo a lo largo de toda su vida, es ahora la piedra de tropiezo contra la que se estrellan los esfuerzos por la unidad de los cristianos.

La Cena no es sólo el fruto de la unión de los cristianos, es también su agente. Celebrarla con un espíritu sectario es blasfemar contra ella. Este espíritu sectario se manifiesta de mil maneras. Siempre está sostenido y legitimado por alguna ideología que se impone so

capa de Verdad. Este espíritu sectario no existe sólo entre las Iglesias sino también en su interior, por razón de las solidaridades engendradas por la pertenencia a una determinada nación, clase social, compromiso político, espiritualidad particular, civilización o color de la piel.

Agente de la unidad y del crecimiento espiritual de los discípulos, la celebración eucarística es necesaria para la perseverancia de las comunidades, para su unión e irradiación. Así se comprendió desde el comienzo, mucho antes de que se construyera una doctrina teológica para fundamentar la misa, precisar sus aspectos escatológicos o sacrificiales, dar cuenta de la presencia de la que los cristianos se nutrían al comulgar, igual que Jesús lo hacía de la voluntad de su Padre. Esto es lo que deben poder realizar los cristianos, aunque sean pocos, cuando se reúnen en nombre de Jesús y desean estar en unión con toda la Iglesia.

En la situación de diáspora en la que la Iglesia va a entrar a causa del abandono de un gran número, tendrá que ser posible esta celebración allí donde algunos puedan reunirse. ¡Cuánta profundidad y valentía necesitarán para perseverar en la fe! La celebración eucarística deberá proporcionárselas. Pero es necesario que la Iglesia les suministre los medios sin que tengan que tomar una iniciativa que tendría todos los visos de una indisciplina o de una separación, y que por tanto los culpabilizaría.

Esta necesidad se hace sentir especialmente en los grupos de creyentes que se forman espontáneamente, gracias a la vida espiritual de algunos, y gracias también al sobresalto de muchos ante el peligro de que lo esencial se pierda. No digo yo que esto no conduzca, en ocasiones, a “misas salvajes”. A decir verdad, no pienso que dichas celebraciones sean sacrílegas. Sé incluso que han sido ocasión de conversiones, igual que los movimientos carismáticos y ciertas sectas que hoy se multiplican. A estos grupos les suelo decir: “Respetad a la Iglesia. Ayudadla a convertirse sometiendoos a su disciplina, aunque sufráis por ello. La Iglesia no existe para vuestro confort, ni en fun-

ción de vuestra satisfacción, sino que sois vosotros los que existís para que ella viva; porque, sin ella, ¿creéis que podría perpetuarse por mucho tiempo el recuerdo de la fe en Jesús? Preparaos, pues, para cuando ella os pida celebrar la Cena, cosa que ciertamente hará tarde. Con el correr de los siglos, la Iglesia ha adquirido costumbres a las que se aferra después de haber detentado los poderes de la política y del dinero. Paciencia, los está perdiendo, y rápidamente”.

– Nuestras parroquias de las ciudades se han vuelto grandes a causa de la acumulación de población. Sólo de vez en cuando podrán celebrar la Cena tal como conviene, en un clima de silencio recogido, penetrado del recuerdo de Jesús, habitado por su presencia. Esto será cuando, en una gran asamblea, se reúnan en los templos las pequeñas comunidades, de un tamaño humano sostenible y estable, e implantadas en el territorio. Cada una de esas comunidades tendrá, por su parte, en tiempo ordinario, y a iniciativa suya conforme a las posibilidades que la Iglesia le dé, su celebración eucarística propia. Así existían antaño, a su manera, por un lado, el culto solemne del Templo y, por otro, las reuniones sinagogaes locales de cada pueblo de Israel. Tras la destrucción del Templo, fueron las sinagogas las que salvaron el judaísmo y lo perpetuaron en la Diáspora.

Mientras la simplicidad y la sobriedad de medios serán las que permitan celebrar la Cena en esas pequeñas comunidades de fe como la de la última noche de la vida de Jesús, los medios de expresión más potentes, la práctica de un cierto hieratismo y la observancia minuciosa de las rúbricas favorecerán que la celebración eucarística en las iglesias parroquiales tenga el carácter universal, en el tiempo y en el espacio, que debe alcanzar la Iglesia. Sí, pero entonces será de muy distinta manera a como ocurre ahora en nuestras iglesias.

Cuando mis hijos, o algunos jóvenes, me dicen que se aburren en la misa, que no les aporta nada, ¿qué puedo contestarles? Yo mismo también me aburro. A veces, tras ciertos sermones, salgo incluso enfermo. Sufro porque esas misas no son lo que deberían ser para ser dignas, ya no de la eucaristía de las primeras Iglesias –que tampoco debían de

ser muy brillantes—, sino de aquella noche, única entre todas, sobre la que ya planeaba la muerte y el fracaso, tras aquellos meses de esperanza y de luchas bajo el influjo de una fe que, después, ha continuado su obra en el mundo. Y sufro también al ver a tantos buenos cristianos satisfechos con lo que hay, que se instalan en ello y se protegen así de las llamadas íntimas que desbordan el marco de las leyes; llamadas que les harían descubrir, si fueran fieles a ellas, una vida espiritual en Jesús totalmente distinta a la de devoción o a la de disciplina.

Tras el lento y continuo error espiritual de siglos pasados bajo el manto de reglamentos éticos y culturales estrictamente impuestos y generalmente observados —¿hubiera podido ser, no obstante, de otra manera?—, el espectro del desmoronamiento inminente es patente a los ojos de quien no los cierra. Sin embargo, nunca hemos estado más cerca del renacimiento de la Iglesia. Son los jóvenes los que lo verán y los que serán sus principales artífices. ¡Ojalá la autoridad no repita con ellos el papel que antaño desempeñó el Sumo Sacerdote, aunque es más que una mera tendencia lo que la empuja a ello!

### *La oración*

— Cada uno debe crear su propia plegaria a lo largo de la vida. Sólo cuando uno está presente a sí mismo está en presencia de Dios. Sólo entonces se suscita en nosotros la posibilidad de crear una plegaria que esté libre de toda visión supersticiosa de Dios. Esto ocurre de ordinario con ocasión de los acontecimientos fuertes de la vida y de la misión, en los cuales —si se corresponde adecuadamente a ellos— se oye y se escucha a Dios, al tiempo que nos hacemos oír y escuchar por Él. Al hacernos presentes a Dios, nos son arrancadas las palabras que debemos decir para ser atendidos al nivel de nuestro ser. Del mismo modo, al expresarnos así es como escuchamos la palabra de Dios y su fecundidad se da en nosotros.

No hay revelación que valga si quien lee la Escritura no se siente levantado por su lectura por encima de su estado ordinario. El autor

de esos textos fue su primer beneficiario. De otro modo –sin inspiración alguna por tanto–, dicho autor no habría hecho más que labor de escriba; labor que, escrita sobre la arena, mañana se borrará.

Así es como la plegaria exacta y real comporta, en la misma palabra que la dice, su propia recepción. “Señor, dime lo que tú quieres darme para que, al pedírtelo yo, tú me lo concedas”, dicen, con algunos matices más, algunas de nuestras mejores oraciones. Esto, según se mire, es una perogrullada. Sin embargo, al nivel que intento sugerir, implica una profunda visión espiritual. Dios ora en nosotros para acogerse en nosotros, y, por el mismo hecho de la plegaria, cuando así oramos, somos escuchados por Él ipso facto. Desde luego que no se trata de un resultado obtenido por aplicar una técnica apropiada, elaborada y explicada por las ciencias humanas y teológicas. ¿Podríamos decir que la plegaria es la relación de ser a ser en la que el Creador “recibe” del hombre –criatura suya, testigo de Su acto creador– la “inspiración” por la que continúa y desarrolla Su acción, se despliega en Sí mismo y llega a Su cumplimiento?

En esas ocasiones, los vocablos se convierten en palabras que se hacen eco en quien las dice, el cual se las dice a sí mismo como una presencia amada, como un recuerdo muy querido que despierta el amor. En momentos así, los términos pronunciados se convierten en palabras que se hacen eco en cada uno igual que una presencia amada despierta el amor en nosotros. La plegaria que puedo hacer en estos casos no es sólo una fórmula bien cadenciada y estructurada conforme a la doctrina. Viene de mí, por mí y para mí. Sus frases vinieron a visitarme y, más que recibirlas, las acogí. En ocasiones, durante mi trabajo, en otras, durante el sueño. Expresaban lo que yo vivía entonces, lo que todavía vivo hoy porque, a ese nivel de arraigo en la profundidad del ser, ni el tiempo ni la repetición pueden desgastarlas y hacerles perder su actualidad y su sustancia, que me son apropiadas.

Esta habitación donde trabajo participa también de algún modo en la actividad creadora que desemboca en plegaria; esta simple coci-

na de una pequeña granja, en la que nada han alterado ni la moda ni lo superfluo, en la que tantas generaciones han vivido sus existencias de trabajadores de la tierra, dura y pobre pero valiente; esta pieza es como una iglesia en la que se ha orado mucho porque se ha vivido mucho y con nobleza, en una frugalidad que nunca fue miseria y que nunca envidió nada a la riqueza.

Esos hombres vivieron aquí más religiosamente que en su iglesia, a la que iban semanalmente los domingos, sumisos a la ley de la Iglesia y ayudados también por no pocas supersticiones de las que la Iglesia no quiso saber nada ni librarles verdaderamente. Ellos vivieron aquí de un modo más realmente humano que muchos de los que vienen de la ciudad a mecer su aburrimiento en estas viejas casas solariegas, transformadas ahora en segunda residencia, sin cultivarse a sí mismos apenas y dejando las tierras en barbecho.

– He aquí una plegaria que creé a mi manera a partir de un texto procedente del país Tamul. La única vez que tuve ocasión de leer un pasaje de esa escritura que no cabe duda que alimentó a su pueblo durante siglos fue en la Trapa de Tamiers, donde encontré, en un señalador que estaba entre las páginas de un devocionario corriente, unas breves líneas. Aquel devocionario era –por decirlo así– el cofre indigno de aquellas frases que, ciertamente, no procedían de la abundancia retórica de un autor de textos piadosos. Luego arreglé el texto a mi manera y así lo recreé para mí. Espero que, esta tarde, usted la escuche de nuevo a ese nivel en el que se alcanza la fecundidad de las obras creadas, extraídas del ser de sus autores.

Oh tú que eres tú mismo en lo hondo de mi ser,  
concédeme estar atento sin tregua en el fondo de mi ser,  
recibe de mí el homenaje de mi espera.

Oh tú que eres mi huésped en lo hondo de mi ser,  
concédeme penetrar en mí mismo hasta el fondo de mi ser,  
recibe de mí mi fe en tu presencia.

Oh tú que estás en tu casa en lo hondo de mi ser,  
concédeme estar en paz en el fondo de mi ser,  
recibe de mí la paz del séptimo día.

Oh tú que sólo habitas en lo hondo de mi ser,  
concédeme sumergirme siempre en el fondo de mi ser,  
recibe de mí la confesión de mi amor.

Oh tú que sólo obras en lo hondo de mi ser,  
concédeme desposarme sin fin contigo en el fondo de mi ser,  
recibe de mí mi don sin retorno.

Oh tú que sólo existes en lo hondo de mi ser,  
concédeme desaparecer en ti en el fondo de mi ser,  
recibe de mí mi ser en esperanza.

Cúmplete en mí con todo mi ser,  
Y aunque yo viva únicamente de inconsistencia,  
Al hilo de los acontecimientos que pasan y desaparecen,  
En el corazón de un mundo presa de torbellinos sin fin,  
En el seguimiento de Jesús, hijo del hombre y de Dios,  
De los que antes prepararon sus caminos,  
Y de los que después fueron sus discípulos,  
Cúmpleme en ti con todo tu ser.

### *La liturgia*

– De joven, recibí mucho de la liturgia, que es un complemento indispensable de la formación catequética. Por eso, en una comunidad de fe tal como yo la concibo, en la que la preparación de la Cena consiste en meditar juntos, en intercambiar con simplicidad sobre algunos textos de la Escritura, la misa es importante para el arranque espiritual del joven cristiano o del menos joven. Fuera de la Cena no he conocido muchas plegarias compartidas que sean verdaderas plegarias comunitarias. La “plegaria de la Iglesia”, tal como se la concibe



objetiva y ritualmente en nuestros monasterios, donde ocupa un lugar muy importante –es el “opus Dei”– y donde no hay un espacio para la verdadera plegaria personal de cada participante, me parece una forma de justificar la recitación, muchas veces puramente mecánica, o el canto del oficio, las más de las veces puramente melódico.

La liturgia tiene el grave peligro de encerrar, a quienes la practican asiduamente, en un universo irreal, en un mundo diferente al que se vive todos los días. En tal caso, la liturgia es más una evasión que el envío hacia los hombres, en medio de ellos, para ser fermento de lo mejor que tienen a fin de que se reconozcan secretamente en lo que nosotros mismos intentamos vivir.

Nuestra liturgia latina –y más aún la ortodoxa o la de inspiración oriental– está fuertemente marcada por el docetismo. En ella, Jesús, en lugar de ser la vía que conduce a Dios, más que hombre es Dios. Su divinidad parece manifestarse más en todo lo que hizo y dijo que en su profundidad humana, que se ve disimulada, si no disminuida. Jesús no es así el camino que llama a cada uno a su propia misión y lo acerca a Dios al guiarnos hacia nuestro propio ser.

Esta es, pues, la vía: llegar a ser discípulo de Jesús para, en su seguimiento, con él y gracias a él, ser “de Dios”. La liturgia puede ayudarnos a ello; pero hay que ir más allá de ella y no hacer de su ejecución un absoluto autosuficiente.